

público de nuestras conferencias. Así se explica que muchas personas abandonen la sala antes que la disertación termine. Desde la tribuna, el caballero de buena voluntad presencia el desbande de su auditorio. . .

Desquite silencioso, pero elocuente, del público.—M A N U E L V E G A. ✓

Las biografías noveladas

LAS biografías han asumido, últimamente, un carácter importantísimo en todas las literaturas. Desde Italia, donde Prezzolini ha estudiado de un modo fulgurante a Maquiavelo, hasta Inglaterra, donde Harold Lamb, John Drinkwater y Lytton Strachey se especializan en el género, se nota un deseo de renovar las viejas y fatigosas maneras enfocar a los hombres primordiales.

Cabría observar que este rebrote de «vidas noveladas» es un síntoma quizá de la decadencia de la historia. El hecho de que eso sea exacto en las literaturas greco latinas no significa su absoluta integridad, pero tiene aspectos que invitan a la meditación. Plutarco surge cuando no hay a la vista ningún Tucídides. Viendo cómo nacen las biografías noveladas, podría también pensarse en la manera cómo ha sido cultivada la historia desde la mitad del siglo diez y nueve hasta nuestros días.

Mientras la historia gana en precisión científica, ha perdido en otras obras en palpitación de belleza literaria. Es digno de notarse que una gran parte de los historiadores actuales no se dirigen al público: simplemente se dirigen a otros historiadores.

Aún más, muchas de las obras presentadas al público, lo son para gentes cultas, para minorías selectas e ilustradas. Eso hace que no existan para el gran público núcleos grandes de obras fáciles y comprensibles. Ni Spengler, ni Ludwig, ni Will Durant, por ejemplo, tienen la encantadora universalidad y popularismo de un Michelet, de un Lamartine, del propio Thiers. Eso no hace mejores a los últimos, pero proclama la existencia de un problema que justifica la abundancia de libros de biografías literarias, entre los cuales existen algunos sencillamente deplorables.

La prensa ha hecho en Chile suplir en los últimos años esa literatura agradable y que exaltaba grandes figuras nacionales, ese género que cultivó tan magistralmente Vicuña Mackenna y que hoy se reemplaza por ciertos cronistas de mejor voluntad que gusto artístico. En Francia, mientras tanto, junto con

crearse la paternidad del género de las vidas noveladas, se ha visto degenerar en mercantilismo vulgar la era iniciada con tanto éxito por Maurois, Benjamin y Carré.

Las libertades que el biógrafo novelador se toma con los personajes hace que, en ocasiones, se abuse prácticamente de los márgenes de la licitud y de la honestidad intelectual. En Chile mismo, en pasados días, Víctor Noir hablaba de ferrocarriles en la época de don Joaquín Prieto...

El novelista ha atropellado al historiador. El lector, ante muchos detalles sugestivos, no sabe si son sacados de alguna fuente histórica (correspondencia o memorias) o si son extraídos de la fantasía del autor.

A veces el «pastiche» es evidente, como nos pasó con una deplorable vida de Bolívar hecha por Michel Vaucaire. André Maurois con su enérgica evocación de Disraeli ha escrito una de las mejores obras de nuestra época, pero su poderosa sugestión arrastró a imitarlo a un número grande y mediocre de escritores sin lastre suficiente para afrontar la empresa de reanimar papeles, infundir vida a lo sepultado en las sombras y sacar de allí resplandores de sensibilidad, con carne de personajes. Muchos son los títeres; pocas las vidas reales, de carne y hueso.

Leyendo este centón de cosas disparatadas, se suelen desear las fuentes, un poco pesadas, a veces, pero exactas. El exceso de fantasía, la licencia escandalosa de los imitadores, hace, en ocasiones, añorar, lo que antes deseábamos incendiar en una pira gigante: los libros eruditos...

Si el escritor no entraña el arte difícil y sutilísimo de evocar el ambiente en pinceladas precisas y de infundir vida al documento, preferimos que se nos dé el documento descarnado.

No basta ser buen novelista para escribir una biografía interesante y apasionada. Se cree, por algunos, que la simple deformación ya es un recurso fundamental en el arte de las biografías. Recientemente, el escrito rargentino Manuel Gálvez, por animar históricamente al Tirano López, sin sentar plaza de apasionado, hizo una figura convencional del personaje. Esta impersonalidad excesiva es tan deplorable, como el seguir simplemente los dictados e impulsos de la pasión histórica. En Chile, personajes como Carrera y Balmaceda no se pueden tratar con imparcialidad por haber dejado muchos parientes y leyendas en su torno. En cambio, las intensas estampas de O'Higgins y Portales se pueden tratar sin dificultad mayor. Si se les deforma o ataca, nadie los defenderá...

No toda vida es novelesca y, por ende, no todas las existencias deben ser enfocadas de un modo novelesco. Basta simplemente saberla contar y ese arte de la narración, sencillo en apariencia, presupone acechanzas y dificultades innúmeras.

Ahora, si se quiere que la biografía sea plena de incidentes dramáticos y de peripecias capaces de conquistar un mayor número de lectores, fácil sería hacer una selección adecuada de personajes de relieve novelesco, haciéndose no colecciones de «vidas noveladas» sino de *vidas novelescas*, imprimiendo así su valor popular a esta palabra.

Y sin salir de Chile, ahí esperan a sus animadores las figuras de Francisco de Aguirre, de Santiago Arcos, de Irisarri, de Pedro León Gallo, de Ricardo Cumming, de Pérez Rosales, del Huaso Rodríguez, de los Pincheira y de tantos más.—R I-
C A R D O A. L A T C H A M.

Carta literaria

SANTIAGO, 4 de Julio.—Señor don Raúl Silva Castro.
—Presente.

Mi estimado amigo:

No he resistido la tentación de escribirle, después de leer su artículo *Novela, estilo y teatro*, aparecido en el N.º 53 de *Atenea*.

Acaso Ud. encontrará vulgar una felicitación. Posiblemente lo sea, y tal vez nunca como en este caso por partir de quien, en las materias que Ud. trata en dicho ensayo, no tiene autoridad alguna, sino la satisfacción de ser un buen lector, aficionado, como Ud., a clasificar algunas ideas, que por demasiado trajinadas han perdido, a ojos de la gran mayoría, su verdadero significado.

Pero ¿cree Ud. que en estas materias se puede hablar de un «verdadero significado»? A riesgo de contradecirlo, me atrevería a afirmar que esa labor de clasificación y de adopción de puntos de vista determinados ante determinados asuntos estéticos, es bien inútil. Pero no por serlo deja de constituir en quien, como Ud. enuncia ideas propias al respecto, un esfuerzo loable que merece todos los parabienes de los doctos, y también de los indoctos como yo.